

comprender el valor, la importancia y la significación de lo que aconteció después en nuestra patria, y la influencia que tuvo en el resto de Europa, como lo que ahora narramos había de influir en la suerte de nuestra nación.

Pasión más noble que la de la gloria, ambición más disculpable que la del poder que la de la riqueza, si difícil es al avaro dar por satisfecha su codicia aunque llegue a hacerse opulento, es más difícil todavía al hombre ávido de poder y de gloria contentarse en los límites de la moderación y de la sobriedad, cuando se siente con genio y con vigor para ensanchar más y más su poderío, y cuando está acostumbrado a no encontrar diques que le contengan ni obstáculos que se le resistan. Solo Dios ha podido frenar la soberbia de los mares trazándoles límites que no les consiente traspasar nunca.

Dueño Napoleón de todos los Estados de la península itálica, de Holanda, de la Alemania Meridional, vencidas y humilladas en tres batallas las tres grandes potencias del continente europeo, Austria en Ulma, Rusia en Austerlitz, Prusia en Jena, con un ejército victorioso y hasta ahora invencible en el corazón de Europa, hecho a derribar tronos y a repartir coronas, ¿se detendrá a sí mismo, o habrá quien le pare en su carrera de dominación? Hay una potencia marítima que todavía no ha podido sujetar, nación poderosa que domina los mares que la separan del continente, antigua y terrible enemiga de la Francia, lazo de todas las coaliciones, y sin cuyo consentimiento en vano querrá Napoleón volver la paz al mundo, aunque el resto del mundo llegara a subyugar. Esta nación es la Inglaterra. Ya que la tercera coalición le estorbó realizar su gran proyecto de desembarco en la Gran Bretaña, concibe ahora el singular pensamiento de vencerla dominando el continente, de obligarla por tierra a volver a Francia, Holanda y España las colonias que les había arrebatado, de matarla privándola del comercio que es su vida, de cerrarle todos los puertos y todos los ríos, de dominar el mar por la tierra; y desde Berlín, donde se hallaba, da Napoleón el terrible y original decreto del *bloqueo continental* (21 de noviembre, 1806), por el que prohibía del modo más absoluto todo género de comercio con Inglaterra, mandando confiscar toda mercancía procedente de sus fábricas, aun las que estuviesen ya almacenadas y depositadas, declarar de buena presa todo buque que hubiera tocado en puerto de la Gran Bretaña o de sus colonias, considerar como prisionero de guerra todo inglés que se cogiera en Francia o en los Estados sometidos al imperio, detener e inutilizar toda correspondencia por escrito con los ingleses.

Tiránico y monstruoso decreto, que no bastaba a justificar la tiranía que a su vez hubiera ejercido la Inglaterra en los mares; que espantó a Europa cuando parecía que no podría haber ya nada que la asombrase, y que mirado por unos como una extravagante medida de odioso despotismo, por otros como un presuntuoso y pueril alarde de poder, por otros como una concepción feliz de profunda política, y por otros, en fin, como una admirable locura, correspondía a lo gigantesco de todos los planes de aquel hombre. Inmediatamente expidió correos extraordinarios a los gobiernos de España, Italia y Holanda para que le diesen cumplimiento.

Más para aislar a Inglaterra necesitaba todavía ampliar su dominación, y llevar más allá sus armas, hasta que no quedara, como él decía, en el continente quien en diez años pudiera ser enemigo suyo. Al efecto, y como el rey de Prusia aun no se diera a partido confiando en el auxilio de los rusos, determinó avanzar hacia el Norte, quitar a Prusia la Silesia, marchar al Vístula, reconstituir, si era menester, el reino de Polonia para quebrantar así a las tres grandes potencias que se le habían repartido, batir, si era necesario, a los rusos en su propia tierra, y llegar hasta el Niemen, donde no se había atrevido a penetrar ningún guerrero. No conviniéndole dejar enemigos a la espalda, como podría serlo el Austria aunque abatida, trató de ganarla ofreciéndole devolverle la Silesia a cambio de la Gallitzia. Mas como Francisco José contestara de un modo evasivo so pretexto de que su misma debilidad no le permitía comprometerse con unos ni con otros en aquella lucha, limitóse Napoleón a quitarle todo pretexto de intervenir en la guerra, y a no emprender nada que pudiera atentar

a sus derechos, respetando la Polonia austriaca, y ocupando y sublevando solo las Polonias prusiana y rusa. Para entretener a los rusos que amenazaban la Turquía, ofreció Napoleón al sultán Selim por medio del general Sebastiani una alianza ofensiva y defensiva y el auxilio de un ejército francés. Puso en pie de guerra el ejército de Italia; tomó destacamentos de los depósitos; de Italia y de Prusia sacó muchos miles de caballos con que formó un numeroso y respetable cuerpo de caballería, propio para maniobrar en las llanuras que se proponía recorrer; con los soldados de Francia, y con los contingentes de Italia, de Holanda, y de los Estados confederados del Rin reunió cerca de seiscientos mil hombres, que distribuyó y escalonó por el ámbito de más de la mitad de Europa; de los Estados sometidos sacó recursos para el mantenimiento de todos; hizo que la Sajonia se adhiera a la Confederación del Rin, y la constituyó en reino; y dadas estas y otras no menos gigantescas disposiciones, ordenó a los cuerpos de Davout, Augereau, Murat y Lannes, que eran los más descansados, que avanzasen a Polonia, donde él los había de seguir pronto, con los cuerpos de Ney, Soult y Bernadotte, la guardia y la reserva.

No tardaron en ocupar, Davout a Posen, Murat a Varsovia, cuyas ciudades recibieron con entusiasmo a los franceses mirándolos como a sus libertadores; porque los desgraciados y oprimidos polacos, víctimas de la ambición de las tres grandes potencias sus vecinas, habían aplaudido los anteriores triunfos de los soldados de la Francia, como quienes vislumbraban en ellos una esperanza de salvación, y cuando los vieron allí los saludaban con los gritos de «¡Viva Napoleón! ¡Viva los franceses!» Pero Napoleón, si pensó seriamente en la restauración de la Polonia, exigía como condición para reconstituirla que todos los polacos se levantaran en masa, le ayudaran a conseguir nuevos triunfos, se mostraran dignos de ser independientes, y solo así proclamaría su libertad y la sostendría. Algunos, especialmente los habitantes de las ciudades, y mas señaladamente los de Posen, la población más ardiente y entusiasta, prometieron hacer cuantos sacrificios se les exigieran para sacudir el yugo alemán que les era odioso e insostenible, y tomaban las armas y formaban batallones y escuadrones de voluntarios. No era igual el espíritu en todas las poblaciones rurales. La nobleza de Varsovia, y en general la nobleza polaca, escarmentada del éxito desgraciado de otras insurrecciones, sin dejar de alegrarse de ver a los franceses, temía arrojarle en brazos de Napoleón para recobrar una nacionalidad precaria y efímera, expuesta a desaparecer cuando el ejército francés se alejara, enclavado el país entre las tres grandes potencias dominadoras. Pero el voto más general era sin duda el de emanciparse echándose en brazos de Napoleón, y que este les diera un rey de su familia. Sin embargo, firme en su principio de no proclamar la restauración de Polonia y darle la independencia a que aspiraba, sin que antes los polacos hicieran unánimes y heroicos esfuerzos para merecerla, desde Posen donde se había trasladado siguió obrando con una cautela que a unos pudo parecer prudencia, y a otros falta de valor o escasa voluntad de realizar la emancipación de aquel desventurado pueblo.

Un ejército de cien mil rusos había acudido a las márgenes del Vístula, pero ocupada por los franceses la orilla izquierda desde Varsovia a Thorn, tuvo aquel que retirarse al Narew, y unióse a los restos del ejército prusiano. De más de quinientos mil hombres que la Francia tenía en pie, apenas había en Polonia pocos más de cien mil prontos a entrar en acción. Unos y otros tenían que maniobrar en medio de las lluvias y nieves del invierno, en planicies alternadas de arenas y lagos, de ríos, bosques, pantanos y lodazales. Napoleón combina las operaciones y movimientos de sus tropas; comienzan los combates, y se da la batalla de Pultusk, en que Lannes con escasos veinte mil hombres rechaza a más de cuarenta mil rusos hasta más allá del Narew (26 de diciembre, 1806). Situado Napoleón delante del Vístula, ordena a Lefebvre que ponga sitio a la importantísima plaza de Dantzick. Sabe Ney que el general ruso Benningsen marcha con todo su ejército hacia los cantones franceses siguiendo el litoral del Báltico, da la voz de alarma a todos los cuerpos, Napoleón proyecta arro-

jarlos hacia la mar, los persigue a todo trance, pero informados ellos de este movimiento por un pliego interceptado, se detienen en Eylau, y allí se da la sangrienta batalla de este nombre.

Era ya el 8 de febrero (1807). Sobre un campo llano blanqueado por la nieve se descubría el ejército ruso, compuesto de más de setenta mil hombres, con más de cuatrocientas piezas de artillería, formado en orden de batalla. Eran los franceses menos de setenta mil hombres, con doscientas piezas. De cuando en cuando se desprendían espesos copos de nieve, que aumentaban el triste aspecto de aquel campo blanquecino, que muy pronto iba a enrojarse con raudales de sangre y a somerse con los cuerpos de los muertos y de los heridos. Napoleón se situó con la guardia imperial en el cementerio que estaba a la derecha de la iglesia de Eylau, para presenciar y dirigir desde allí la batalla, como si se hubiese propuesto familiarizarse en aquel melancólico recinto con la idea de la muerte. Todas las armas de guerra jugaban a un tiempo, y todos los cuerpos y todos los hombres se movían y peleaban, a excepción del emperador, que permanecía inmóvil en el cementerio sin dejar tampoco moverse a su guardia, pasando los proyectiles por encima de su cabeza y desgajando las ramas de los árboles bajo los cuales se hallaba. Una ráfaga de viento y aire cegó al mariscal Augereau, que con calentura había montado a caballo, y no viendo dos de sus divisiones una batería de setenta piezas enemigas que tenían enfrente, en menos de un cuarto de hora de siete mil hombres que eran quedaron más de cuatro mil tendidos por la metralla, heridos los generales Augereau y Heudelet, y fuera de combate ambos estados mayores.

«Dejarás, dijo entonces Napoleón a Murat, que nos traque esa gente! A estas palabras el terrible jefe de la caballería marcha al galope; reúne la formidable masa de ochenta escuadrones; cargan los primeros los dragones de Grouchy y alejan la caballería rusa; preséntase Hautpoul con veinticuatro escuadrones de coraceros, seguidos de todos los dragones en masa; precipitase sobre la infantería rusa; rechazado una vez, se lanza con mas violencia, y abriendo una ancha brecha en las filas, penetran en masa dragones y coraceros; acuchillan acá y allá a los obstinados peones; en esta confusión una batería rusa vomita metralla contra amigos y enemigos; Hautpoul es herido de muerte: Lepic con los granaderos de a caballo de la guardia se lanza en auxilio de Murat, y carga impetuosamente a los grupos en todas direcciones: cuatro mil granaderos rusos son empujados a la iglesia de Eylau y amenazan al cementerio; entonces sale a recibirlos la guardia imperial que había permanecido inmóvil, y los desgraciados granaderos rusos, cogidos entre las bayonetas de la guardia de infantería y los sables de los cazadores de a caballo, casi todos parecen o caen prisioneros a los pocos pasos y a la vista de Napoleón. Jamás se había visto una acción de caballería ni más terrible, ni más sangrienta, ni más decisiva. Jamás el ejército de Napoleón había encontrado tan obstinada resistencia. Todos estaban fatigados; la noche se acercaba y amenazaba ser espantosa. Al día siguiente se vió todo lo horroroso de la jornada. *Este espectáculo*, exclamó Napoleón conmovido, *es el mas a propósito para inspirar a los príncipes amor a la paz y horror a la guerra.* ¡Ojalá tales desastres hubieran hecho en su mismo ánimo impresiones más duraderas en este sentido!

Aunque la batalla de Eylau había sido para él una verdadera, y en verdad bien sangrienta victoria, la circunstancia de haberle sido mas costosa que ninguna y menos decisiva que las de Ulma, Austerlitz y Jena, llenó de orgullo al presuntuoso general ruso Benningsen, que en los boletines de San Petersburgo se proclamaba casi vencedor, y para persuadirlo hizo ciertos alardes y movimientos, que pagó caro. En el resto de Europa, y en París mismo, corrieron voces desfavorables y rumores siniestros, que Napoleón procuró desvanecer. Pero de todos modos asaltó por primera vez a los hombres la idea de que podía no ser invencible, y él mismo conoció y confesó que si le era fácil destruir a los rusos fuera de su país, en su tierra y con los obstáculos naturales y los elementos para él desventajosos de aquellos climas había de necesitar

para vencerlos de mas tiempo, de mas trabajo y de mas precauciones.

Prodigio de actividad aquel hombre y dotado de un don de atención universal, activaba las conquistas de las plazas de la Silesia, y principalmente el sitio de Dantzick, auxiliaba la defensa de Constantinopla contra rusos e ingleses, daba consejos de administración a los reyes de Holanda y de Nápoles, enviaba instrucciones a la emperatriz, a Cambaceres y Lebrun, para el gobierno interior de la Francia, fomentaba la hacienda, el comercio y la industria resentidas de su ausencia, despachaba los negocios de todos los ministerios cuyas carteras se hacía conducir todas las semanas, leía los diarios políticos, y hasta las sesiones de la Academia francesa, organizaba la policía, cuidaba de los colegios y de los institutos religiosos, y hasta dirimía desde allí las reyertas intestinas de los teatros. Estaba en Polonia y parecía que estaba en Francia.

Conoció lo conveniente que le sería la alianza con alguna de las tres naciones del Norte, e hizo proposiciones halagüeñas al Austria. Pero aquella corte, que ocultaba un odio profundo a la Francia, aparentando deseos de paz en medio de sus preparativos militares, solo se ofreció a ser mediadora para con las otras potencias. Napoleón aceptó esta intervención, aunque con mucha sospecha y desconfianza del objeto que podría envolver, y sin dejar de prevenirse para la guerra. Y de tal manera se previno, que tomando la atrevida y peligrosísima resolución de pedir a la Francia la conscripción de 1808, cuando hacía solos cinco meses que había sacado la de 1807; llamando las tropas de Boulogne, las de los depósitos, y hasta la guardia municipal de París; haciendo concurrir cuerpos de ejército de Holanda, de Italia, de Suiza, de España, de Baviera, de Wurtemberg y de otros Estados alemanes, y contando con veinte regimientos de polacos, llegó a poner en pie una fuerza de seiscientos cincuenta mil hombres, teniendo cuatrocientos mil desde el Rin al Vístula, masa formidable de guerreros, cual no se había visto en parte alguna sujeta a la voluntad de un solo hombre siglos hacia.

Felicísimamente comenzó la primavera de 1807 para Napoleón y los franceses con la rendición de la importante y rica plaza de Dantzick (26 de mayo). Diez y ocho mil prusianos guarnecían la plaza, reducidos a poco más de siete mil cuando se hizo la capitulación, después de haber resistido casi dos meses de brecha abierta. Además de su importancia militar, sacó de ella Napoleón, como que era el gran depósito del comercio del Norte, recursos inmensos para su ejército, entre ellos trescientos mil quintales de grano y botellas de vinos superiores, que llevaron la abundancia y la alegría a los soldados. Al mariscal Lefebvre, el más valiente, aunque el más rudo de los guerreros franceses, le valió aquella conquista el título de duque de Dantzick, y la donación de unas tierras con su castillo que le producían cien mil libras de renta anual. Napoleón quiso visitar la plaza; la dejó guarnecida, y tan pronto como regresó a su morada de Finkenstein se dispuso a volver a emprender la campaña para principios de junio.

Llegado este tiempo, y dirigiéndose el general ruso por el largo del Alla, al intentar pasar este río para socorrer la plaza de Königsberg amenazada por los franceses, vióse sorprendido por Napoleón la mañana del 14 en Friedland. Empeñóse allí una de las más famosas y memorables batallas de las guerras del imperio. Llevaba Lannes más de siete horas defendiéndose hábil y heroicamente contra triples fuerzas rusas, cuando sus ayudantes de campo, enviados a pedir socorro a Napoleón, encontraron al emperador corriendo a galope hacia Friedland, y diciendo a cuantos encontraba: *Hoy es 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo, día afortunado para nosotros.*—*Daos prisa, señor*, le dice el valiente Oudinot, presentándose con el uniforme y el caballo cubiertos de sangre, *porque mis granaderos no pueden ya más; pero con un refuerzo que me proporcioneis, arrojaré todos los rusos al río.* Napoleón, rodeado de sus lugartenientes, pasea su anteojo por aquella llanura, y da a todos sus órdenes tan enérgicas como sucintas. El general ruso se sorprende al ver desplegarse tantas fuerzas; conoce que tiene encima todo el ejército francés, cosa que no esperaba, y vacila; la acción, sin embargo, se hace general, viva y empeñada: infantería, caballería y ar-

tillería, todo se pone á un tiempo en movimiento, y la lucha que comenzó entre dos y tres de la mañana se prolonga hasta mas de las diez de la noche: los rusos acosados y estrechados, antes que entregarse, prefieren arrojarse al Alla y ahogarse; entre ahogados, heridos y muertos iban ya veinticinco mil: ochenta cañones habian caído en poder de los franceses: en toda la línea se pronunció por estos la victoria, y los rusos se dieron á huir bajando precipitadamente por las dos márgenes del Alla.

Mientras ochenta mil franceses dirigidos por Napoleon triunfaban en Friedland, otros setenta mil mandados por Murat, Soult y Davout se apoderaban de Königsberg. La corte de Prusia se retiraba á la ciudad fronteriza de Memel, la última de aquel reino. Napoleon perseguía sin descanso al fugitivo ejército ruso hasta arrojarle detrás del Niemen, á cuyas orillas pasó el desgraciado Federico Guillermo á reunirse con el emperador Alejandro, á quien encontró tan abatido despues de Friedland como despues de Austerlitz, y sentido y quejoso de las jactancias del general Benningsen. El ejército ruso pedía la paz á voz en grito, y rusos y prusianos prorumpían acordes en denuestos contra el gobierno británico y los ingleses, motores de la guerra, y cuyos auxilios tantas veces ofrecidos no parecían, ocupados solo en expediciones contra las colonias españolas. En esta disposicion de los ánimos comenzóse por una proposicion de tregua hecha por el general ruso: Napoleon la recibió bien, contestó en términos amistosos, y firmada por dos generales de ambas partes (22 de junio, 1807), fué ratificada por ambos emperadores. Dióse principio á las negociaciones de paz, y trasladado Napoleon á Tilsit con la mayor parte de sus mariscales, llamó allí á Talleyrand, cuyo parecer solía oír en estos casos.

Interesados, aun mas que Napoleon, los dos monarcas vencidos en hacer la paz, el emperador de Rusia hizo indicar al de los franceses su deseo de conferenciar con él y de explicarle de un modo franco y cordial con el hombre á quien admiraba. A ello accedió gustoso Napoleon, porque tambien deseaba conocer al jóven soberano de quien tanto habia oído hablar, y esperaba que habria de salir ganancioso de la entrevista. En medio del Niemen y á igual distancia de ambas orillas se colocó una gran balsa con un pabellon al lado. A la una del día 25 de junio, formados los dos ejércitos á lo largo de ambas márgenes del rio, los dos emperadores, cada uno con su brillante comitiva de príncipes y generales, llegan á un mismo tiempo á la balsa, se abrazan á la vista y en medio de los aplausos mas estrepitosos de las tropas, entran en el pabellon, y conferencian por mas de una hora. La suerte del mundo estaba pendiente de lo que en medio de un rio y bajo una tienda departieran y acordaran entre sí dos solos hombres. La historia conoce ya por documentos auténticos que se han conservado lo que pasó en aquella célebre entrevista, y lo que en las conferencias que despues tuvieron en Tilsit, hablaron y concertaron los dos poderosos monarcas que acababan de hacerse tan cruda guerra y pasaron de repente á tratarse con franca intimidad. Encontráronse acordes en culpar á Inglaterra y en achacar á su codicia y su orgullo el haberlos envuelto en una sangrienta lucha sin haberse los dos ofendido, y sin tener por qué disputar. Y explotando hábilmente Napoleon las quejas del jóven Alejandro sobre la ineficacia de unos y el abandono de otros de sus aliados, persuadióle con maña del error y la inconveniencia de patrocinar intereses de amigos tan inútiles y tan envidiosos como los alemanes, y tan codiciosos como los ingleses. Respetando no obstante los compromisos de Alejandro para con el rey de Prusia, accedió á que el honrado y modesto Federico Guillermo asistiera con ellos al día siguiente á otra entrevista en el propio pabellon. Presentóle Alejandro: explicó el monarca prusiano su conducta para con Napoleon, y este á su vez, haciendo recaer toda la responsabilidad de sus desgracias sobre las intrigas de Inglaterra, hizo alarde de generosidad con aquel humillado príncipe, ofreciéndole que no sacaría las últimas consecuencias de sus triunfos; lo cual significaba que no haría borrar del mapa de Europa la monarquía prusiana.

Trasladado luego Alejandro á Tilsit, residencia de Napoleon, comiendo y paseando juntos; tratándose con la mayor

familiaridad; encerrándose á veces solos en un gabinete, con los mapas del globo desplegados sobre la mesa y en los lienzos de la habitacion; en aquellas conferencias que con razon se hicieron célebres, valiéndose Napoleon de la superioridad de su genio, y de las ventajas que su posicion le daba; llamando la atencion del jóven Alejandro hácia el imperio de Oriente y halagando su juvenil imaginacion con el fácil engrandecimiento de Rusia por aquella parte obrando de acuerdo con Francia, cuyas dos naciones se podían compartir el decaído y quebrantado imperio turco; persuadiéndole de la facilidad con que entre los dos, obrando como leales aliados, podrían enfrenar la soberbia de la Gran Bretaña, que aspiraba á enseñorear y monopolizar el dominio de los mares, que pertenecían á todos; señalándole el modo cómo despues se podían repartir el continente con recíprocas ventajas, logró seducir al jóven Czar, y moverle á constituirse en mediador armado de la paz con Inglaterra, bajo las condiciones que le propuso y que le parecieron equitativas, haciendo Napoleon por Alejandro lo mismo respecto á la Puerta; y si la mediación ó las condiciones no eran aceptadas, comprometerían entre los dos á todo el continente contra la nacion que fuese discolá, y no habria nada ni nadie que pudiera resistirles. El voluble y caballeresco Alejandro llegó á enamorarse de tal modo de Napoleon y de sus planes, que con frecuencia exclamaba: «¿Qué hombre tan grande! ¿Por qué no le habria conocido yo antes? ¿Cuántas faltas no me hubiera ahorrado, y qué cosas tan gigantescas no hubiéramos hecho los dos unidos!»

Por último, despues de haber invitado Alejandro á la hermosa é infortunada reina de Prusia á que pasase á Tilsit; despues de haber recibido y tratado Napoleon á la bella princesa con la mayor consideracion y galantería, pero sin alterar un punto sus planes de distribucion, convinieron los dos emperadores, y firmaron sus respectivos plenipotenciarios (8 de julio, 1807) las célebres estipulaciones, extendidas de puño y letra del mismo Napoleon, conocidas con el nombre de Tratado de Tilsit. Varias fueron aquellas; públicas unas, secretas otras. El tratado público entre Francia, Rusia y Prusia contenía:—Que se devolvería al rey de Prusia, *por consideracion al emperador de Rusia*, la Prusia antigua, Pomerania, Brandeburgo y las dos Silesias:—Que quedarían á Francia las provincias situadas á la izquierda del Elba, para formar con ellas y el ducado de Hesse un reino llamado Westfalia, para el príncipe Jerónimo, hermano menor del emperador:—Que las provincias de Posen y Varsovia quedarían tambien de Francia, para darlas al rey de Sajonia con título de gran duque de Varsovia:—Que Rusia y Prusia reconocerían á Luis Bonaparte por rey de Holanda, á José por rey de Nápoles y á Jerónimo por rey de Westfalia, igualmente que la Confederacion del Rin y demás Estados creados por Napoleon:—Que Rusia interpondría su mediacion para la paz con Inglaterra, y Francia la suya para la paz entre Rusia y Turquía.

En los artículos secretos se estipuló: Que se darían á los franceses las bocas del Cattaro y las Siete islas:—Que José, reconocido ya por rey de Nápoles, lo sería tambien de las Dos Sicilias, cuando los Borbones de Nápoles hubiesen sido indemnizados con las islas Baleares ó la de Candia:—Que si el Hanover se reunía á la Westfalia, se daría al rey de Prusia á la izquierda del Elba un territorio que contuviese trescientos ó cuatrocientos mil habitantes:—y por último, una alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Rusia, comprometiéndose á guerrear contra Inglaterra y contra la Puerta, si no aceptaban las condiciones convenidas, y á intimar mancomunadamente á Suecia, Dinamarca, Austria y Portugal á concurrir á sus proyectos, y á cerrar sus puertos á Inglaterra (1). No po-

(1) Dió por primera vez el ilustre historiador M. Thiers conocimiento y noticia exacta, así de las conversaciones habidas entre los emperadores Alejandro y Napoleon, como de las verdaderas estipulaciones públicas y secretas de Tilsit, de cuyas escenas y documentos se habian hecho versiones y publicaciones inexactas y adulteradas. Asegura deber esta adquisicion á documentos auténticos y oficiales que ha podido consultar y que no eran conocidos, y muy principalmente á la correspondencia de Savary y Caulaincourt con Napoleon y de este con ellos, y tambien á unos despachos muy curiosos en que se contiene lo que la rei-

dian ligarse mas intimamente los dos soberanos. Canjeadas las ratificaciones (9 de julio), despidiéronse tierna y solemnemente los dos emperadores en presencia de las guardias imperiales, abrazáronse de nuevo á las orillas del Niemen, y Napoleon llegó á la mañana siguiente á Königsberg. Convino en aquella ciudad con el rey de Prusia en que las tropas francesas evacuarían el 21 de julio (1807) las orillas del Niemen, el 25 las del Pregel, el 20 de agosto las del Passarge, el 5 de setiembre las del Vístula, las del Oder el 1.º de octubre, y el 1.º de noviembre las del Elba. Dadas estas y otras disposiciones, el emperador tomó la vuelta de Francia, y llegó la mañana del 27 de julio á Paris rodeado de mas brillo que nunca, como quien se consideraba y era considerado como el dominador directo ó indirecto de casi todo el continente. Tal fué el resultado inmediato de la cuarta coalicion de las potencias de Europa contra la Francia.

¿Qué era entre tanto de España? preguntarán ya no sin razon nuestros lectores. ¿Qué era de la aliada de la república y del imperio francés?—Uno de los efectos de esta alianza fué la necesidad de defender sus colonias del Nuevo Mundo contra los ambiciosos proyectos y las expediciones marítimas de Inglaterra, envidiosa de nuestro poder en aquellas regiones. Inglaterra, que en Trafalgar destruyó nuestra mejor escuadra y nuestros mas ilustres marinos; Inglaterra, que durante la cuarta coalicion contra el imperio francés por ella promovida burló á sus aliados del Norte no enviándoles los auxilios de hombres y dinero que les habia ofrecido, vengábase de España, ya intentando promover la rebelion de sus colonias de América contra la metrópoli, ya enviando expediciones armadas para arrebatarlos aquellos dominios. Para lo primero valióse del aventurero Miranda, hijo de Caracas, revolucionario de oficio y agitador de todas las rebeliones del Nuevo Mundo, á quien suministró dinero en abundancia y una pequeña flota, con lo cual creía el infel y venal caudillo tener bastante para alzar en masa toda la Colombia, á cuyo fin se acercó á las costas de aquel vireinato, y comenzó á introducir en el país y á inundarle de escritos y proclamas revolucionarias (abril de 1806). La lealtad de aquellos naturales le respondió con un sentimiento unánime, no solo de desden, sino de reprobacion, y los oficiales y soldados que á favor de las tinieblas de la noche se atrevieron á desembarcar quedaron todos prisioneros. Refugiado el aventurero en la Trinidad, y provisto de mayor fuerza naval por los ingleses, tentó por dos veces apoderarse de la Margarita, y ambas veces fué rechazado. Se atrevió á aventurar un golpe en Cozo y logró echar en tierra unos seiscientos hombres, pero acudiendo algunas tropas, destrózanle doscientos, y él se vió obligado á reembarcarse precipitadamente y á dar de mano á sus temerarios designios.

De mas gravedad y de mas sensibles resultados pudo haber sido la expedicion militar que por aquel mismo tiempo enviaron los ingleses contra Buenos-Aires. Con una diestra manobra de la escuadra lograron engañar al virey, que creyó mucho mas numerosas aquellas fuerzas, y apoderarse de la ciudad (28 de junio, 1806), de que se hicieron dueños por algun tiempo. Pero hubo un intrépido y valeroso marino, oriundo de Francia, pero español de corazón, y consagrado al servicio de España desde sus primeros años, que penetrado del buen espíritu de aquellos naturales, lleno su corazón de fuego patriótico, se presentó al virey en Córdoba, se ofreció á librar la ciudad, con solos seiscientos hombres que le diese, y con los artilleros y marinos que él mandaba. Este denodado marino era don Santiago Liniers, capitán de navío, y comandante general de las fuerzas sutiles de Montevideo (1). Liniers cumplió su ofrecimiento: con aquellos seiscientos hombres, y cien mas que reunió de milicias del país, y ayudándole con su escuadrilla

na de Prusia dijo, por via de desahogo, cuando regresó de Tilsit, á un antiguo diplomático digno de su confianza y amistad.—El Consulado y el Imperio, tom. VII, cap. 27.

(1) Había nacido Liniers en Níort en 1753, y habia entrado al servicio de España y continuado constantemente en él desde 1775, en que sentó plaza de guardia marina, y se habia hallado en todas las expediciones de su tiempo hasta 1788, que siendo capitán de fragata se le destinó como tal á la armadilla de Montevideo.

el capitán don Juan Gutierrez de la Concha, se acercó á la ciudad, intimó la rendicion al comandante inglés Beresford, que la rechazó con arrogancia. Liniers avanzó, arrojó los ingleses del Retiro, y penetró en la ciudad derramando en ella la muerte. Refugiado en el fuerte Beresford, el pueblo en masa agrupado en derredor de Liniers quiso acometer la fortaleza gritando: ¡al asalto! Temeroso el inglés de la actitud de aquellas furiosas turbas, enarboló banderas blancas, y arrojó su espada desde las almenas. ¡La bandera española! gritaban no satisfechos nuestros americanos, y Beresford tuvo que izar la insignia castellana, y entregarse á discrecion con los mil doscientos hombres que tenia. Liniers le concedió una capitulacion honrosa (12 de agosto, 1806), en consideracion á no haber hecho fuego á las masas del pueblo. Ascendió el botín á mas de tres millones de pesos fuertes.

Resuelto el gobierno inglés á vengar la afrentosa humillacion sufrida en Buenos-Aires, envió mas adelante una nueva y mas respetable expedicion á las provincias del Río de la Plata al mando del almirante Murray, fuerte de quince mil hombres de desembarco. Ocupada la colonia del Sacramento, y bloqueada por espacio de cuatro meses Montevideo, resistió esta ciudad dos porfiados asaltos de los ingleses, pero al tercero tuvo que sucumbir (febrero, 1807). Aun tardaron otros cuatro meses en preparar el ataque contra Buenos-Aires, objeto principal de la expedicion. Apercibido estaba el valeroso Liniers y animado á resistir aunque fuese á triples fuerzas. Armado el vecindario y lleno de entusiasmo con tan digno jefe, dejóle este encomendada la defensa de la ciudad, y él salió con un cuerpo de ocho mil hombres á esperar á los ingleses en un punto por donde creyó habrían necesariamente de pasar, y con la esperanza y casi seguridad de envolver al enemigo si aceptaba la batalla. Pero el general inglés cambió de direccion, hizo á sus tropas vadear el rio, y obligado Liniers á combatir fuera de las posiciones escogidas no fué tan dichoso como esperaba en la pelea. Una noche horrible de truenos y lluvias separó á los combatientes: no se encontraba á Liniers, y creyósele muerto ó prisionero. El coronel Velasco reunió las tropas y las colocó en los puntos convenientes para la defensa de la ciudad. Liniers, separado de ellas en un momento de confusion, pasó la noche solo en el campo, á caballo, huyendo de las patrullas enemigas, hasta que, mas despejado el horizonte, al apuntar el día pudo incorporarse á los suyos con indecible júbilo de todos.

Al fin, á la primera hora de la mañana del 5 de julio (1807), fué acometida la ciudad por todas las fuerzas inglesas; pero tropa y vecindario, compitiendo en decision y en patriotismo, recibieron á los invasores con tal lluvia de fusilería y de metralla que hacia espantoso estrago en sus columnas. «Los regimientos mandados por el mayor general Lumley (decía el general inglés Whitelock en su parte) tuvieron que sufrir desde un principio un fuego vivo y sostenido de fusilería de los tejados y ventanas de las casas. Las puertas estaban barreadas de tal suerte que era casi imposible derribarlas ó romperlas: las calles cortadas por fosos profundos, y en su interior cañones que llovían metralla sobre las columnas que avanzaban... Abrasados por todos lados los cuatro escuadrones de carabineros, abandonaron el temerario empeño en que se hallaban... El resultado de la accion de este día me habia dejado en posesion de la Plaza de toros... y de la Residencia... pero estas únicas ventajas habian costado ya dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El fuego que habian sufrido las tropas fué violento en extremo. Metralla en las esquinas de todas las calles, fusilería, granadas de mano, ladrillos, losas y cantos de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el furor y la defensa halló bueno para ofendernos, otro tanto habian tenido que sufrir nuestras hileras donde quiera que dirigian sus pasos. Cada propietario con sus negros defendía su habitacion: tantas casas como habia eran otras tantas fortalezas, sin que sea ponderacion afirmar que no habia en Buenos-Aires un hombre que no estuviese empleado en la defensa...» (2).»

(2) Parte del general inglés John Whitelock.—En el mismo sentido escribió el almirante Murray al secretario del almirantazgo.— Todo con-